



0

EL FIN

Maat-Ka-Ra Hatshepsut no vio a su hija Neferu pelearse con una concubina de rango inferior por la medicina, aunque sabía que las luchas eran continuas por cualquier causa: desde denuncias a la esposa real por joyas, maquillajes o vestidos robados, hasta peleas por celos. Había incluso disputas entre ellas porque alguna pretendía que otra estaba por debajo en un escalafón de mando tan complicado como ilógico, donde las propias mujeres no se ponían de acuerdo en su libertad para gobernarse.

De cualquier modo, todos los odios convergían cuando se trataba de las concubinas expulsadas por el mismo rey. Éstas simplemente deseaban saborear el placer de sentirse más importantes que un faraón, una esposa real, y, si tenían la desgracia de ser rechazadas por el faraón, si no eran despedidas de palacio directamente, descendían al más bajo escalafón entre las mujeres.

En el harén real, los títulos no servían para nada.

Sólo respetaban a la gran esposa real, Meryt, porque su marido, el faraón Tutmosis III, la trataba como a tal, a pesar de la indiferencia que generalmente le causaban las mujeres.

Al menos, a Meryt la exhibía en público durante las jornadas de fiesta y escuchaba sus peticiones.

Era la única que tenía poder real en el harén. Sus órdenes podían condenar a muerte.

Hatshepsut suspiró, murmurando con desdén.

—¡Qué estúpidas!

Todas. Por confiar en un hombre que odiaba a las mujeres. Por no aprender de lo que le había hecho a ella misma, que le había criado. Que le había enseñado todo lo que sabía...

La gran esposa real, su hija menor, Meryt, era la más ingenua de todas. Tutmosis la engañó, como a las demás. La muy estúpida pensaba que era especial, pero tan pronto como dio a luz a su heredero, el príncipe Amenhotep, se lo quitaron de los brazos.





La pobre no comprendió hasta entonces que Tutmosis despreciaba a las mujeres. Jamás se arriesgaría a exponerse a sí mismo a las emociones de las mujeres; ni pondría a su heredero en manos del caprichoso arbitrio de una mujer con poder. No. El niño sería criado por ayas anónimas y, una vez destetado, no trataría sino con hombres. Los mejores maestros del reino.

—¡Pobre niño!

Meryt no supo ver que lo único que Tutmosis, el tercero, quería de las mujeres era un heredero y, raramente, algo de placer.

En vez de comprenderlo, como había hecho su hermana Neferu, proyectó ese mismo odio de su esposo contra su madre.

¡Y ni siquiera ahora la perdonaba!

Pero Hatshepsut tenía en todo ello algo de culpa. Era su sangre. La de sus antecesoras, la sangre de las formidables reinas llenas de orgullo.

La comprendía muy bien, igual que llegó a comprender al padre del faraón, el segundo Tutmosis, y a su abuelo, el primero de ellos... Su propio padre, tan reacio a dar el poder del país a una mujer como su nieto. Hasta a él le comprendía.

Y comprendía a su madre, que tan acertadamente había vaticinado su futuro, por mucho que se equivocase odiando a todos los hombres. ¡Ay! ¡Cuánta razón tenía! Todas habían jugado a ser hombres.

Les comprendía a todos, pues eran dioses... Y a la vez hombres, manejados por los dioses a su antojo.

Dioses.

Como ella.

Se movió en su camastro, incómoda y dolorida.

¡Qué tristes parecían las paredes sin pinturas, sucias y mal encajadas! No le importaba, puesto que no eran sino detalles sin importancia... Pero ella, que había vivido el mayor de los lujos, que había construido el periodo de Egipto más rico de su historia, por encima de aquel de las grandes pirámides; que había reposado y hecho el amor entre pinturas de los mejores artistas, que eran cambiadas cada poco tiempo, en lujosas camas de los materiales más nobles conocidos, entre almohadones de plumas de aves exóticas... ahora se pudría en vida en un hueco algo mayor que un mísero armario, tapado por unas cortinas para no ofender la vista de las demás mujeres.





Escuchó los conocidos pasos de su hija y la esperada pausa antes de entrar en su pequeña cámara, apenas un cubículo indigno de su posición.

Oyó el movimiento de las espesas cortinas. La única concesión que le había otorgado Meryt, no por conceder una gracia, sino por librarse de su presencia. Al menos, tenía cierta intimidad para sufrir y morir.

Sabía que tomaba aire antes de afrontar su olor nauseabundo a muerte, suciedad y grasa. Se parecían tanto... Su abuelo le había enseñado a respirar antes de una situación incómoda, para mantener la dignidad intacta. Ella era hija de reina, nieta de reina, de las antiguas y gloriosas gobernantes del país, y la dignidad era un distintivo familiar. Había que ocultar los sentimientos a cualquier precio. Lo primero era el orgullo y el porte. Vivían en un mundo de hombres, y no podían parecer débiles, sino fuertes como leonas. Incluso aunque fueran leonas enjauladas.

—Aquí estoy, madre.

—¿Traes la leche de amapolas?

—Sí —dijo con voz quebrada—. Casi me la quitan. Las muy zorras... No hay respeto por nada. ¡Que Osiris las juzgue como se merecen!

—Dámela. —Se movió hacia su hija, ansiosa, crispando su cara con el gesto.

—¿Sientes dolor?

—¿Dolor?

No respondió. No hubiera sabido qué decir. Tomó el brebaje.

No lo necesitaba para el dolor físico. Hacía días que estaba por encima de él, y apenas era consciente de la vieja sensación que mordía sus carnes.

No.

Hacía mucho que no le importaba el dolor, salvo el del alma.

El que sentía al ser consciente de que él no estaba; y sin él era solo la mitad de una persona. Incompleta. No era nada.

Por eso tomaba la droga. Hacía que durmiera sin sueños y, en su estado, de alguno de ellos no despertaría, salvo ya en presencia de su amado. Por encima de su cuerpo, que ahora le repugnaba. Dudaba de que los oscuros pudiesen mantener con dignidad aquel nido de gusanos que la estaban comiendo en vida.





Despertaría en esencia.

Su alma sería recibida con el protocolo y el ceremonial que merecía un dios.

Pero eso era lo menos importante. Solo quería verle de nuevo. Su sonrisa. Su cara de niño preocupado. Su cuerpo puro, sin heridas ni costuras...

Y recuperar su amor para toda la eternidad.

—¿Madre?

Notó que la sacudían. Era su hija. No hacía más que quejarse, pero la comprendía. No le dijo nada, solo le reprochó en silencio haberla devuelto a la realidad, cuando estaba mejor entre dulces sueños.

—¿Qué día es hoy?

Neferu sonrió. Siempre le hacía la misma pregunta.

—Es el año veintiuno de tu reinado, madre, más nueve meses y trece días.

Se sintió orgullosa. Veintiun años. Casi veintidos.

Era lo más alto que una mujer había llegado; probablemente más alto de lo que ninguna mujer jamás llegara nunca.

Su nombre sería una leyenda, por mucho que el infame Tutmosis lo sustituyera por el suyo. Siempre habría quien repitiera su nombre cuando muriera para darle vida. Estaría en el corazón de las gentes simples, pues su reinado fue pacífico, bondadoso y muy fructífero.

Era una pionera.

Una luchadora.

Una descubridora.

Una revolucionaria.

Y, lo mejor de todo, la amante esposa del hombre perfecto. Del dios que la esperaba.

Sen-en Mut.

—Tal vez hoy me reúna al fin con tu padre —dijo de pronto.

Neferu respiró hondo.

—Tal vez, madre.

Escuchó un grito que la devolvió dolorosamente al presente cuando ya casi dormía: concubinas que se peleaban por cualquier tontería.

Ya no le tenían el respeto que le debían como reina, aquel que le





mostraron al encerrarlas en el harén cuando el infame Tutmosis pensó que, entre mujeres, serían capaces de vivir en armonía.

Se equivocó de nuevo. O no. Quizás sabía bien lo que hacía juntándolas a todas para que gastaran sus energías destruyéndose unas a otras.

No había peor enemigo de una mujer que otra.

Era, sin duda, lo peor de su encierro: el hecho de tener que darle a Tutmosis la razón en algo, aunque fuera mínimamente.

Pero incluso a ellas las comprendía. Era su naturaleza. La parte felina e indomable de Hat-Hor.

Sintió su herida. Se miró pero, como siempre, no llegaba a ver más allá de las enormes bolsas de grasa. Su propia dejadez la hizo engordar al principio; más tarde, la enfermedad terminó de degenerar su cuerpo. ¡Había llegado a parecerse a aquella horrorosa reina del Punt!

El tumor hizo que su cuerpo se hinchase como un odre lleno. Cuando comenzó a supurar, fue aislada, pues las otras mujeres no soportaban su hedor. La relegaron a un pequeño cuarto: el de la más indigna de las sirvientas del harén.

Sólo su hija tenía el valor y el amor suficiente para atenderla, y le traía la droga que la adormecía.

Intentó moverse, pero no pudo.

—Tranquila, madre. No trates de moverte. Te harás daño.

—Quiero ver la ventana.

Neferu acomodó un almohadón en su cabeza, reprimiendo las náuseas. Lo sentía por ella, pero le gustaba recibir la luz en su rostro. Le gustaba hablar con Ra. Miró los rayos que se filtraban por el ventanuco. Se sintió mejor por un instante, y ese calor le dio la lucidez que necesitaba para hablar a su hija querida. La miró fijamente. Neferu supo que, quien le hablaba, era la diosa, la reina, la mujer que había sido, y no la enferma que tenía delante, y se estremeció:

—Cuando muera, dile a Amenenhat que te saque de aquí. Es un buen hijo, y el rey ya no tiene nada contra ti. No te retendrá más. Deberías haberte ido hace tiempo. Sé que solo estás aquí por mí.

—Sí, madre.

No había mucho más que decir. Neferu no intentó convencerla de que no se dejase ir, que esperara; sería insultar la inteligencia y la dignidad de una mujer sin igual.

Ambas miraron hacia la luz.





—Te quiero, hija mía.
—Y yo a ti.

Sentía que se dormía cuando, de pronto, algo llamó su atención.
Una silueta tapaba el breve haz de luz en su cara.

Abrió los ojos.

¡Un gato!

La sombra se movió. Se diría que hacia su cabeza. Hacia abajo.
Parecía señalarla... Como si se postrara ante ella.

Hatshepsut sintió una inmensa alegría.

—¡Hija! —llamó con ansiedad, sonriendo como hacía años.

—Dime, madre.

—No voy a despertar más. Es la diosa la que me llama. Escucha:
perdóname por la vida que te he dado. Sal de aquí, pero no olvides
mantener la dignidad. Recuerda quién eres: Jonshu. Una diosa. Vive
con calma. Tu padre y yo te esperaremos.

Las lágrimas de su hija la espabilaron un poco. Sintió un beso en
la mejilla y sonrió.

—Dáselo a papá.

—Sí, mi amor. —Volvió a mirar hacia la ventana—. Ya voy, mi
dulce mitad.

Se durmió.

Neferu lloró de alegría. Por su madre.

Sabía que sus palabras no eran en absoluto delirios de enferma.
No habría jamás una mujer como su madre, ni un hombre como su
padre. Ni siquiera dioses como ellos dos.

Tomó su mano durante horas, hasta que la sintió fría.

Entonces, miró al ventanuco.

Abrió la boca, sorprendida.

El gato la miraba.

Le sonrió, postrándose ante él, rezándole a Hat-Hor para que
los dioses recibieran a su madre, sin dejar de repetir su nombre:

Mamá.

Hatshepsut

El faraón Maat-Ka-Ra Hatshepsut Jenumet Imen.

La hija de Ra.





1

HATSHEPSUT Y SU PADRE

—¡Déjame ir contigo!

Todos volvieron la cara. La voz aguda y aterciopelada no estaba exenta de rabia, algo poco frecuente en un niño y absolutamente extraño en una mujer.

Los nobles fruncieron los ceños, ofendidos. Muchos negaron con la cabeza, resignados.

La mayoría recogían ya sus tablillas y tomaban sus capas. Se decía que el único punto débil del fiero faraón guerrero, el toro, como él mismo se hacía llamar, era su hija.

El único que sonrió fue el mismo Tutmosis, agradeciendo en silencio que le arrancaran de las aburridas zarpas de los funcionarios con sus tablas de cera, cálamos y papiros. Solo él advirtió el tono de angustia en la voz de su hija, reproche que le dolió amargamente.

Debía haberle dado la noticia hacía mucho, pero no quería renunciar a los cariños y sonrisas de su hija. Sabía demasiado bien que, justo en el momento en que se enterase, se acabarían hasta su vuelta, y comprendía su enfado al haberse enterado por boca de otros.

Ambos esperaron en silencio a que la sala quedase vacía. El arranque de furia sería mayor tras esos momentos de paciencia. No era asunto para los oídos de los funcionarios, que venderían a los espías, con ansia, cualquier chisme.

Tutmosis no dejó de perseguir con la mirada los ojos de los codiciosos escribas, y anotó mentalmente los nombres o rasgos de aquellos que no pudieron evitar una mirada lasciva a su hija, a pesar de saber que no se podía reprochar a un hombre que mirara a una mujer hermosa. De hecho, nada le disuadiría a él de hacerlo.

Aunque, por supuesto, era el faraón, y aquellos indicadores de la fidelidad y la calidad de sus sirvientes le servían mucho más que los tergiversados informes que recibía. Nunca había sufrido un atentado





en su propia ciudad, y eso no era un dato a despreciar en los tiempos que corrían.

Era un soldado y, como tal, se ganaba la confianza de sus hombres en la batalla, donde la disciplina nacía del respeto profundo en momentos en los que no valen ni la doble corona ni la espada más rica, sino la capacidad de decisión, la fidelidad a tus hombres y, sobre todo, un brazo fuerte y una espada bien afilada.

Por eso odiaba a los escribas. ¿Cómo se mantenía la disciplina en una organización civil con un ridículo sucedáneo de estructura militar? Ahí no existían el respeto, el valor, ni ninguna de las virtudes marciales; solo la lucha carroñera por el poder.

En el ejército, el hijo de un soldado no tenía privilegios, sino solo más responsabilidad. Por el contrario, en la carrera política, el hijo tenía un puesto asegurado por el poder de su padre, sirviera o no. La calidad de una carrera debía depender de la valía del sujeto, y no de su ascendencia. Por eso había instaurado planes de búsqueda de jóvenes válidos sin importar su procedencia, pues un brazo se podía ejercitar, pero un alma brillante, predestinada para las letras, el dibujo, la arquitectura, la música, las matemáticas, la astronomía, para la escribanía misma, debía ser encontrada y alentada. Las carreras heredadas frenaban el ascenso de esos jóvenes válidos, y los inútiles quedaban en el medio, colapsando la totalidad del sistema.

No pudo evitar un gesto de aprensión. Su tío Amenhotep, su antecesor en el trono, había sido poco dado al ejercicio de la fuerza. Solo realizó una expedición a Nubia, que fue exageradamente publicitada y no hizo más que generar un odio que ahora él debería sofocar. En esa época, el funcionariado fue fomentado hasta producir un gasto excesivo, mantenido por las rentas del gran faraón Ahmosis. Debido a ello, se fomentó una corrupción desmedida y la proliferación de los espías; herencia de un periodo de guerras ya pasado, aunque no del todo olvidado.

Por más purgas que intentase realizar, el sistema estaba corrupto; no había manera de evitar que aquellos que eran válidos se entregasen a la vida fácil tras oler el dinero de los nobles.

¡Pues bien!, aquellos que se imaginaron poseyendo a su hija serían discretamente apartados y llevados a realizar su función en perdidas regiones de frontera sin ley, donde no les resultaría fácil medrar entre caracteres hoscos y brazos musculosos.





—¿Por qué no me has dicho nada? —El grito imperioso de su hija le devolvió a la realidad.

Se levantó tratando de no sonreír, evitando que Hatshepsut se sintiera desafiada. Caminó hasta ella y la abrazó tiernamente. Sin palabras.

Sabía que eso la desarmaría, pues él era su debilidad, como ella era la suya.

Hatshepsut intentó revolverse, enfadada por caer en un truco tan viejo, pero acabó respondiendo al abrazo.

—Ya sabes por qué. No quería entristecerte.

—Pero... ¡Te sería de ayuda! —se quejó amargamente.

El faraón la miró sonriente, con las cejas arqueadas.

Era ya una mujer. Bellísima. Lamentó en silencio que tuviera que perder aquella inocencia que le cautivaba.

Ella puso los ojos en blanco, signo de juvenil exasperación que causaba el efecto contrario en su padre. Siempre le hacía reír.

—Lo sé. Vas a decirme que no podrías mantener la disciplina. Que ya no soy una niña.

Tutmosis la tomó de la mano, sin hablar. Era un hombre de pocas palabras. Ella le siguió paciente. Abandonaron el gran salón, donde siempre se sentía pequeña e insignificante comparada con las enormes estatuas, las amenazantes pinturas y los grabados describiendo a los enemigos del país. Era la única estancia de palacio construida en piedra para impresionar a los dignatarios y contener la divina majestad del faraón.

Ella miraba, embelesada, su cara marchita, sus cejas firmes y bien pobladas que se negaba a dejarse recortar. Miraba los ojos empequeñecidos por las arrugas y por la impresión del kohl, que se aplicaba casi exageradamente, como buen soldado. Con todo, ese artificio para parecer cruel, curiosamente, no funcionaba con su hija, pues sus pupilas brillaban cuando la miraba, dando una apariencia de extrema ternura. Los servidores aprovechaban su presencia para conseguir que les concediera su gracia, pero era muy celoso con el tiempo de su hija.

Miraba su pecho firme, cruzado por alguna herida de caza admirada como si la hubiera recibido en combate contra mil nubios, sus brazos firmes, su antebrazo, que parecía retorcer la mano que colmaba la suya, femenina y pequeña; miraba su cuello de toro y volvía a su sonrisa afable, sorprendiendo su mirada entre gestos de burla.





Él la miraba, aunque ya no era la niña que hubiera deseado. Era una mujer ante la que comenzaba a sentirse incómodo: no sabía si podría darle respuestas durante mucho más tiempo, pues la naturaleza insondable de la mujer amenazaba con aflorar, y su cuerpo ya se había manifestado hacía bastante, según su médico personal.

Observaba su cara, que se había perfilado como el resto de su cuerpo. Ella lo miraba a su vez, con una nueva expresión de inteligencia, de admiración y de juego aún ausente de malicia femenina. Se le hacía doloroso perder a la niña que adoraba y dar la bienvenida a aquella mujer plena. Contempló sus rasgos serenos, de una piel que jamás sería tan hermosa como aquel día; sus pómulos luminosos y tersos, los labios carnosos y rojos de fruta madura... y el dolor y la culpabilidad por haber pasado tan poco tiempo con ella se abrieron paso desde su estómago hasta su pecho.

Pero su sonrisa y sus gestos le devolvían la alegría. No era un día para pensamientos oscuros.

Cruzaron pasillos, estancias abiertas y patios hasta llegar a una cámara. Un lujoso dormitorio que Hatshepsut no conocía, aunque presumió que debía ser el de la concubina Mut-Nefer. Estaba lleno de armarios y pequeños cuartos con lujosos vestidos. Disponía incluso de una bañera de piedra blanca. La princesa se sintió ofendida. Las pinturas de escenas de ofrenda a los dioses eran impertinentes, pues le atribuían un papel que Mut-Nefer no tenía en absoluto.

Ni siquiera su propio dormitorio era tan suntuoso.

La joven sintió crecer la ira ante aquel insulto. Mut-Nefer era la que había desplazado a su madre, que se había visto obligada a abandonar el palacio. Miró a su padre, cuya expresión le dijo que no había burla en aquella visita. Le hizo un gesto para que tuviese paciencia temiendo su explosión, que se vislumbraba a través del color de sus mejillas.

Parecía que iba a revelarle algo importante y la curiosidad venció al enfado.

Pero torció el gesto cuando comprendió a dónde se dirigían y adivinó la estrategia de su padre.

El faraón la situó con ternura delante de un enorme espejo de metal bruñido.

—Mírate. Dime qué ves.

La princesa puso los ojos en blanco de nuevo, contestando con desgana.





—Un capricho. Algo que no tenemos ni yo ni mi madre.

—¡Hatshepsut! —Su padre se quejó con impaciencia.

—Está bien. —Miró el espejo—. Debilidad. Debí hacer nacido hombre, pues como a un hombre me has educado. Sin embargo, soy una mujer y viviré apartada, angustiada, menospreciada y sola.

El rey rio con fuerza. Ella se enfadaría mucho, pero no pudo evitarlo. Al fin, habló sin dejar de sonreír.

—No seas exagerada, que pareces una niña con pucheros. —Miró el espejo a su vez—. Yo veo muchas cosas... pero en absoluto debilidad. —Suspiró—. Veo una mujer radiante de belleza. Veo a tu madre en ti. Y veo el dolor que me causará separarme de vosotras.

—No me digas. Resulta irónico que hables justamente aquí de echar de menos a madre, en el dormitorio de la concubina por la que se fue de palacio —dijo con ironía, aunque la cara de su padre le expresó que no debía ahondar en aquella herida. Se apresuró a continuar—: Cuando estás combatiendo nos añoras, y cuando vuelves, al poco echas de menos la batalla y a tus hombres. Y yo aquí, vegetando como un árbol frutal.

—¡Basta! No añoro la batalla —mintió—. Y te equivocas. Respeto a tu madre. Ha sido una gran reina en mi ausencia. Su labor fue impagable y el país le debe mucho. La he querido y respetado siempre, pero escogió marcharse de palacio. Hasta ese momento no tomé ninguna concubina. Y respecto a ti... Te he educado como educaría a un hombre. Eso es cierto. Eres mi favorita entre mis hijos, y lo sabes.

—Y el hecho de que mis hermanos hayan muerto tan jóvenes no tiene nada que ver.

—¡Hatshepsut!

Ella intentó encontrar un argumento con cierta lógica antes de que su padre se cerrase por completo y comenzara a dar órdenes: «Calla y retírate. Ya veré qué hago contigo». No era la primera vez que ocurría, y siempre se reprochaba luego no haber sabido encontrar un resquicio por el que profundizar antes de perder los nervios.

Pero esta vez no sería así.

Le cogió del brazo con mimo, cambiando el tono de su voz a uno meloso y encantador. Su padre sonrió ante su estrategia, aunque estaba enfadado. No estaba acostumbrado a que discutieran sus palabras, pero, aun así, esperó, expectante y curioso.





—A ellos les hubieran servido de algo las lecciones. A mí solo me causarán infortunio.

—¿Por qué? —Tutmosis comenzaba a ponerse nervioso. Pareció mirar en torno a él, buscando una vía de escape, como haría en la batalla. Un gesto que su hija reconoció al instante.

—Porque ningún hombre va a escuchar mi consejo.

El rey movía la cabeza de un lado a otro, a punto de ponerse a jurar como un beduino.

—¡Te equivocas! Ese hombre sería un necio. Escuchará, como otros han escuchado.

—No. No lo hará —gritó su hija con los puños apretados.

—¡Ha sido tu madre quien te ha metido esas ideas en la cabeza!

—No necesito que nadie me enseñe lo que puedo ver.

El faraón golpeó el espejo, que cayó cuan largo era con un ruido atronador que hizo saltar del susto a la princesa.

—¡He dicho que basta! Odio que te comportes como una plañidera. ¡Parece mentira que seas tú precisamente quien me diga esto! ¿Es que no te he enseñado nada? ¡A ti, que eres nieta de la gran Ah-Més Nefertary, hija de la reina más inteligente, Ah-Més Ta Sherit y descendiente de Iah-Hotep! ¿Quién crees que gobierna en ausencia de los reyes?

—¿Amón?

La respuesta desarmó al faraón, que no pudo menos que desinflar su ira y sonreír su inteligencia. Era irritantemente lista. La versión oficial era sagrada. Ya tendría tiempo para valorarla por sí misma.

—Es cierto que los sumos sacerdotes del bendito Amón están obteniendo demasiado poder, pero hasta ahora todo es poco para agradecerle al dios su ayuda. Somos un país libre y fuerte en el que hace unos pocos años los dioses extranjeros nos humillaban. ¿Qué es un poco de vanidad comparado con eso?

—Tú lo has dicho: vanidad. ¿Quién decide cuándo está satisfecho el dios?

El faraón cabeceó de un lado a otro.

—Eres demasiado pasional. Cuando el país va bien debe ser porque los dioses son poderosos; y, por tanto, sus acólitos están satisfechos, pues la energía debe fluir adecuadamente, y son ellos los que lo favorecen.

—Eso no es gobernar el país.





—No te equivoques: el país lo controlo yo, pero la potestad religiosa debe quedar en manos de los sacerdotes.

—¿Y por qué no Hat-Hor?

—Sencillamente porque, en esta ocasión, la fiereza de su leona no inspiró a nuestro ejército, como sí lo hizo el carnero oscuro de Amón. Pero me estás distraendo. Has sido educada como un hombre porque confío en tu capacidad, del mismo modo que confiaría en la capacidad de un campesino con las mismas aptitudes. —Sonrió paternalmente—. Hija mía, un guerrero no sería nada sin un buen estratega, del mismo modo que un rey no sería nada sin una buena administradora, con carácter y mano izquierda.

—Lo sé. Pero la gloria y la historia no escriben sobre ellas, sino de los bravos faraones... ¿Verdad?

Tutmosis renunció a la lucha, acariciando el cuello de su hija con cariño, haciendo como que la estrangulaba de puro hastío. Ella no pudo evitar sonreír, pero no abandonó su terca postura.

—Te he educado demasiado bien —dijo él.

—Como a un faraón que no lo será.

—¿Y yo? —se envaró el faraón de nuevo—. ¿Estaba yo destinado a ser faraón?

—No. Pero sí educado para ello.

El padre sonrió triunfante. De nuevo la contienda se inclinaba a su favor.

—Como tú. Ahí me das la razón.

Hatshepsut le miró fijamente.

—Por eso luchas, ¿verdad? Porque quieres ganarte la gloria que no te dio tu padre.

El rey solo permitió que un leve movimiento de las cejas y un enrojecimiento incontrolable delataran su sorpresa. Si fuera un siervo ordenaría su detención, pero era su hija y debía convencerla con argumentos lógicos, no por la fuerza de su autoridad.

Al fin, renunció de nuevo y volvió a sonreír. Ninguna otra cosa en el mundo le haría desistir de llevar la razón.

—¿Lo ves? No puedo competir contigo en inteligencia. Me superas. —Rodeó a su hija con un brazo casi tan ancho como su cintura—. Hatshepsut. Hija de Ra. Te puse ese nombre¹ porque no

¹ Hatshepsut significa la que gobierna.





espero menos de ti: serás faraón. Y no dudo que lo serás mejor que yo, que solo soy un guerrero necesitado de consejeros inteligentes. Tú serás una gran cortesana, política y estratega. Pero no conozco el destino. No sé si gobernarás o si servirás de consejera a otro, solo sé que te he educado con garantías para lo más alto. Y, cuando yo muera, si no te veo coronada, tendré la conciencia tranquila. Como has dicho, no recibí linaje; sin embargo, por tus venas sí corre la sangre de las grandes reinas, y eso te dará el poder para escoger quién reinará. Por eso eres tan importante. Más que tus hermanos, que, mal que me pese, eran débiles y cortos de entendederas.

Ella le miró con desconfianza.

—¿Intentas decirme que me has educado así para protegerme?

—Así es. Para que, cualquiera que sea tu destino, nadie más que tú misma lo controle. No quería una hija que se abandonase a la voluntad de otros. No puedo conocer el futuro, por mucho que los astrólogos hayan predicho tu reinado, pero sí puedo darte las armas para que sepas luchar contra el capricho del mañana y forjarte uno propio. No hubiera soportado darte a un hombre que no fuera digno de ti.

Ella se sintió mezquina. Siempre le ganaba, por inteligencia y astucia... Y, a pesar de eso, él acababa venciendo por la vía del afecto.

Pero aún le quedaba alguna baza que jugar, tras abrazarle con ternura.

—Pero... si tú estás fuera... —dijo entre mohines—. ¿Quién se ocupará de mi formación?

El rey esgrimió una sonrisa inequívocamente triunfal. Ni siquiera disimuló su victoria. Era su momento más feliz del día, aquel en que, después de todo, podía constatar que aún podía controlar a su rebelde hija.

Ella supo que había perdido.

La había dirigido hasta esa parte de la conversación como una res al matadero. No era tan lista como pretendía.

—Ya he pensado en ello —dijo el rey, resplandeciente, sin ocultar su satisfacción, señalándola con sus manos—. Y tengo al candidato perfecto. El sumo sacerdote se queja constantemente de que no cumples con tus... tareas religiosas como deberías, así que te han asignado un mayordomo que he autorizado.

Ella estalló sin disimulo.

—¿Un sacerdote?





—Que fue guerrero antes; este no ha vivido entre tablillas. Al menos, no toda su existencia mortal. Te gustará.

—No puedo comprender que digas que pretendes disminuir el poder de los dignatarios de Amón y ahora me entregues uno de sus sacerdotes como profesor —aseguró arrugando la nariz al pronunciar las palabras.

Tutmosis sonrió mientras despeinaba a su hija, como se hace con un rapaz de la calle.

—Por eso. Debes aprender, tanto del amigo como del enemigo. Es de él de quien más vas a aprender, aunque no dejes de desconfiar. Ya has terminado el periodo de aprendizaje fácil. Si fueras un hombre te llevaría conmigo a la guerra. Pues bien: aquí tienes tu guerra. Va a ser casi tan ardua como la mía. No te dejes convencer por sus enseñanzas, pero escúchalas. Aprende a conocerles y a pensar como ellos. Un día te resultará más fácil tratarles y comprenderles. Ódiale si quieres; harás bien en hacerlo, pues si le dejas se beberá tu sangre, pero no dejes de aprender de sus tretas, porque no hay personas más inteligentes en el reino que los más arteros. Por eso, mientras estén a nuestro servicio, debemos beber de ellos, pues algún día te enfrentarás a su poder. Y ese día te alegrarás de haber aprendido cómo tejen sus planes.

Hatshepsut pensó detenidamente. Sonaba lógico, aunque no dejaba de extrañarle. Parecía una argucia de las que su padre solía socorrerse. Buscó tiempo para pensar, acariciando las suaves pieles de león que llevaba su padre.

—¿Cómo puedes llevar esto sin asarte de calor?

El rey rio, sorprendido por el cambio de tema.

—Tengo la piel de un hipopótamo. Me temo que Ra la ha curtido demasiado. ¡Y tú aún quieres venir conmigo a estropear la tuya y tragar polvo! Además, los soldados dicen que me confiere el poder del león. Es por eso por lo que la llevo. —Se encogió de hombros—. Ellos lo creen.

Hatshepsut habló con lentitud, a pesar de que no tenía mucha alternativa.

—Lo pensaré. Pero no olvides que yo no lo he autorizado.

—Habla con él. Si no lo quieres, lo rechazaré... aunque me disgustaría profundamente.

—¿Cuál es su nombre?

—Sen-en Mut.

